

Carlos Esteban Deive, “Soy un gallego que ama su tierra con pasión

y, por tanto, sumamente morriñoso. Cada vez que voy a Galicia me cuesta trabajo regresar a Santo Domingo”

Carlos Esteban Deive nació en Sarria, Lugo, en 1935. Un español, nacionalizado dominicano, porque su país de adopción se lo merece. Realizó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago de

Compostela y los completó en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, donde obtuvo un doctorado. Ha ejercido como profesor y fue decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Miembro de la Academia Dominicana de la Lengua y autor de más de veinte obras sobre Antropología Cultural e Historia, así como novelas y teatro. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura, el Caonabo de Oro y el de la Academia de Ciencias de la República Dominicana. Gran parte de sus obras han sido traducidas al inglés y al francés. Gracias a sus investigaciones se ha logrado una mejor comprensión del fenómeno social denominado cimarronaje, ocurrido a partir del año 1503, en que varios esclavos ladinos huyeron a montes y parajes solitarios para librarse del régimen de explotación al que eran sometidos, principalmente, en trabajos que estaban obligados a realizar en las minas. Se puede decir que Carlos Esteban Deive es uno de los intelectuales y escritores dominicanos más destacados, doctor en Filosofía e Historia de América, un trabajador intelectual incansable, con una amplia bibliografía en historia, antropología, novela y ensayo, entre otros géneros. Tal bagaje le hizo merecedor de múltiples reconocimientos, sobre todo en su país de adopción. Para mí ha constituido un auténtico placer conocer a este gallego ejemplar, visitarlo en su casa de Santo Domingo, con motivo de unas conferencias que impartí en la República Dominicana. Me encontré con un hombre amable, enjuto, de buena presencia, aparentando menos edad de la que tiene, lejos de la pedantería, sencillo, extraordinariamente modesto. Me llamó la atención su biblioteca y tuve la impresión de que le tiene un gran cariño. Le entregué mi último libro de literatura, Nuevas Pomberías, y él me obsequió con su postrera novela dedicada, Viento Negro, Bosque del Caimán, sus últimas “aventuras tropicales”.

Manuel POMBO

—Don Carlos, el rey de España, le ha recompensado con una distinción por su labor a favor de las culturas dominicana y española. ¿Cree que su labor es conocida en nuestro país?

—Muchos historiadores españoles, lo mismo que de otros países europeos y latinoamericanos, así como de los Estados Unidos, no sólo conocen mis ensayos históricos relativos al período colonial de Santo Domingo, sino que han hecho comentarios críticos en revistas y los han citado en los suyos. De algunos soy incluso muy buen amigo.

—¿De qué obras tuyas se siente especialmente orgulloso y cuáles considera más importantes?

—Mi obra preferida es *Heterodoxia e Inquisición en Santo Domingo*, un tema que nunca había sido tratado en la República y que me costó varios años de investigación en los archivos españoles. Otras a las que les tengo especial cariño son *La esclavitud del negro en Santo Domingo* y *La Española y la esclavitud del indio*. Mis libros más importantes, además de los citados, son *Los guerrilleros negros*, sobre los ne-

gros fugitivos y cimarrones, *Tangomangos*, que versa acerca del contrabando y la piratería en el período colonial, y *La mala vida*, que estudia la delincuencia y la picaresca durante la misma época.

—¿Cuál fue la razón por la que decidió irse a las Américas y con qué edad lo hizo? ¿Alguna vez, como tantos gallegos, llegó a sentir morriña de su tierra?

—Como tantos emigrantes españoles, fue por motivos económicos. Tenía 19 años cuando embarqué en Vigo en noviembre de 1955 en el barco italiano “Auriga”. Soy un gallego que ama su tierra con pasión y, por tanto, sumamente morriñoso. Cada vez que voy a Galicia me cuesta trabajo regresar a Santo Domingo.

—¿Se acuerda de la Sarria de su infancia? ¿Le queda algo de aquel mundo de su juventud? ¿Guarda buenos recuerdos? ¿Qué estudios hizo y dónde los llevó a cabo antes de marcharse?

—Estudí el bachillerato en la Academia Balmes de Sarria, ya desaparecida. Duraba siete interminables años y cada curso constaba de doce asignaturas. Tenía que examinarme en el Instituto de En-



señanza Media de Lugo. Cuando lo terminé me inscribí en la Universidad de Santiago para estudiar Filosofía y Letras, pero por la razón indicada me vi obligado a abandonarla y completé la carrera en la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Un año después de doctorarme ingresé en ella como profesor de Historia de la Cultura. Como es sabido, en 1965 estalló una guerra civil y, aprovechándose de la situación, los profesores marxistas-leninistas la ocuparon por la fuerza. Los demócratas, que éramos la mayoría, renunciamos a nuestras cátedras y fundamos la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. De mi infancia y adolescencia en Sarria conservo muy gratos y vivos recuerdos: las fiestas de San Juan, los baños en las Veiguiñas en los veranos, los partidos de fútbol en las Ínsuas, mis paseos solitarios por los montes que están al otro lado de la estación de ferrocarril, los magostos...

—*Se casó con una dominicana, una mujer entrañable a la que tuvo el placer de conocer. Creo que a muchos les sorprenderá su profesión. Así que, además de pedirle que nos señale lo que ella ha representado para usted, le pediría nos cuente a qué se dedica. ¿Cuántos hijos tienen, cuál es su actividad y dónde residen? ¿Qué tal les salieron? ¿Consiguió ser su ejemplo?*

—Mi esposa Guillermina es una mujer excelente. Tiene una licenciatura en Educación, pero desde hace más de veinticinco años se dedica a enseñar bailes folklóricos españoles en la academia que fundó. Por ella han pasado miles de alumnos. Tengo tres hijos, Ofe-

lia, Leopoldo y Juan Carlos. La hembra estudió Filosofía, pinta estupendamente, toca el piano y habla inglés y japonés. Reside en Baltimore, Estados Unidos, y trabaja en una compañía de servicios. Los varones son médicos. Leopoldo es otorrinolaringólogo y el otro cirujano ortopédico y traumatólogo. Viven en Las Palmas de Gran Canaria y ejercen su profesión en dos hospitales de esa ciudad. Su madre y yo estamos muy orgullosos de ellos. Nos visitan dos veces al año y nosotros también vamos a verlos de cuando en cuando.

—*Sabemos que recientemente ha visitado Galicia. ¿Qué impresión se ha llevado? ¿Cómo se ve España desde ahí?*

—Mi último viaje a Galicia fue en el verano de 2009. Estuve en varias ciudades y pasé quince días en Sarria, donde todavía me quedan un par de amigos. Uno de ellos, Víctor López Villarabid, que era como un hermano para mí, falleció al mes de volver a Santo Domingo. Lo recuerdo todos los días. Galicia ya no es, gracias a Dios, la región atrasada y aldeana de mi infancia. Su progreso ha sido notable. Lo mismo digo del resto de España. A pesar de la crisis económica por la que atraviesa, su vitalidad es sorprendente. Sigo su marcha a través de las noticias de la televisión internacional y de *El País*, que aquí se recibe diariamente menos los domingos.

—*Entre sus funciones extraliterarias se encuentra el haber ocupado entre el 2000 y el 2004 la presidencia de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo, evento al que se entregó con todo su empeño para no dejarlo morir,*

desarrollarlo e imprimirle sus iniciativas y estilo de trabajo. A partir de tal experiencia: ¿Cómo ve la literatura actual de su país de adopción? ¿Qué fue del boom americano? ¿Sigue la literatura española?

—La literatura dominicana, sobre todo la narrativa, está en proceso de mejoramiento y desarrollo, pero todavía le falta bastante para poder equipararse en calidad a la de otros países. Existen sus excepciones, claro es, como es el caso del novelista Marcio Veloz Maggiolo, parte de cuya obra ha sido publicada por editoriales españolas de renombre. Hablo de un escritor actual, porque en el pasado Santo Domingo produjo excelentes autores de relatos. Por ejemplo, la mejor novela indigenista es *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván. En cambio, los poetas del patio no tienen que envidiarle a nadie. El “boom” hispanoamericano terminó hace años. Sus principales integrantes produjeron una obra cimera, una obra que revolucionó la narrativa en español y que fue muy superior a la de sus colegas peninsulares. Leo, cómo no, la literatura española. Me gustan Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, Manuel Rivas y Ruiz Zafón.

—¿En qué proyectos literarios está trabajando en este momento?

—En estos días concluí un ensayo sobre la participación de los dominicanos en las guerras de independencia de Cuba. Docenas de ellos tomaron las armas a favor de los mambises. Luis Marciano fue nombrado jefe del ejército revolucionario por Carlos Céspedes, el autor del grito de Yara, en la contienda de los diez años (1868–1878) y Máximo Gómez en la de 1895 a 1898. Los presidentes dominicanos Fernando Arturo de Meriño, Gregorio Luperón, Francisco Gregorio Billini y Ulises Heureaux no sólo contribuyeron con dinero. Gracias a este último, Gómez y José Martí pudieron salir sin problemas de la República hacia Cuba dos meses después de estallar la guerra del 95. Prensa, partidos políticos, intelectuales, clubes culturales también se unieron a la causa independentista. La ciudad de Puerto Plata acogió a 5.000 exiliados cubanos.

—Ha realizado una estancia de estudios en España que se inició en 1983 y duró cuatro años, si no estoy mal informado, concretamente en el Archivo General de Indias de Sevilla. ¿Qué recuerdos guarda y qué destacaría de sus hallazgos con respecto al papel que protagonizaron los españoles en la conquista?

—Estuve en el Archivo General de Indias cuatro años, de 1983 a 1987, trabajando todos los días, gracias a que el que fue Presidente de la República, el doctor Salvador Jorge Blanco, un buen amigo mío, me nombró consejero cultural de la embajada dominicana en Madrid para que pudiera investigar en sus cuantiosos fondos documentales. Mi labor se centró en aspectos específicos de la historia colonial de Santo Domingo: encomiendas, esclavitud del indio y del negro, cimarronaje, ingenios azucareros... Fruto

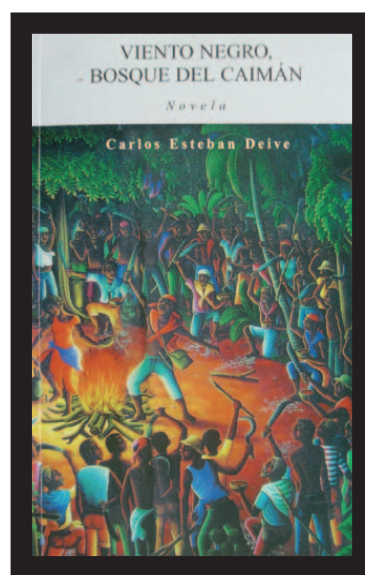
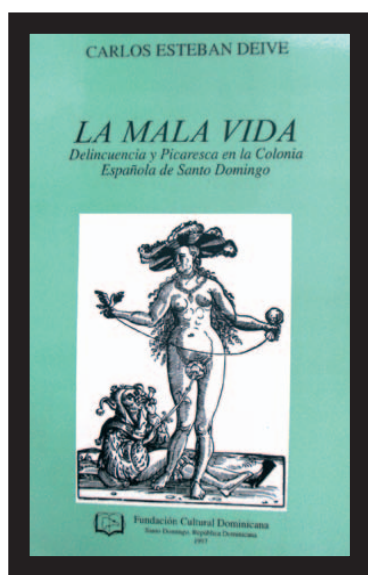
de esa labor son nueve libros publicados. Los miles de folios que copié a mano los doné al Archivo General de la Nación de la República. La conquista española de América tiene sus luces y sus sombras, pero lo que la distingue de todas las de las demás naciones europeas, hecho que honra a España, es que no pocos de sus hijos de entonces, civiles y religiosos, como fray Antonio Montezino, Bartolomé de Las Casas, Juan de Silva, Salmerón y Gaspar de Recarte, condenaron los maltratos a los indígenas y denunciaron la ilegitimidad de la conquista.

—Es de todos conocida su defensa de que los restos de Colón descansan en Santo Domingo. ¿Sigue manteniendo la misma tesis?

—A menos que se demuestre fehacientemente, sin ningún asomo de duda, que los restos de Colón reposan en la catedral de Sevilla, continuaré creyendo que están en Santo Domingo. Así lo afirmé, junto con el licenciado e historiador Manuel García Arévalo, en el congreso internacional que se celebró en Valladolid en el año 2006 en conmemoración del V centenario de la muerte del Almirante. En la sección dedicada a ese tema, el profesor de Antropología Física de la Universidad de Granada, Manuel Botella, tuvo a su cargo una ponencia en la que expresó que había examinado “los despojos de Colón que figuran en dicha catedral”, pero que no podía asegurar que fuesen los del Descubridor. ¡Estudió los restos de Sevilla diciendo que eran los del Descubridor y no supo si correspondían a él! Otro profesor, el doctor José Antonio Llorente, director del laboratorio de investigación genética de la misma universidad, se interesó en el asunto y se dispuso a llegar a una conclusión definitiva mediante la comparación del ADN mitocondrial de los restos de la catedral y de Diego Colón, hermano de Cristóbal. Por cierto que, previamente, escribió una carta al Presidente de la República, el doctor Leonel Fernández Reyna, para informarle de su propósito, a la vez que le indicó que actuaría imparcialmente aunque le gustaría que el resultado de su trabajo favoreciera la tesis dominicana. Los exiguos huesos que extrajo estaban en un estado calamitoso y sólo pudo obtener un 20 por ciento de dicho ADN, insuficiente para alcanzar su meta, de manera que no pudo cumplir con ella. Un año después, anunció en el periódico *El País* que los restos de Sevilla eran los de Colón. Más aún, en la entrevista que concedió a ese diario, dijo que había participado en el traslado en procesión de los huesos, que se les rindieron los honores militares correspondientes a un Almirante y que se emocionó mucho. ¡Aún no había efectuado el examen y ya dio por supuesto que eran los de nuestro célebre personaje! Su patrioterismo le hizo olvidar la pretendida imparcialidad de la que alardeó en su carta al Presidente dominicano.

—¿Cree que la numerosa presencia haitiana puede dar lugar a un proceso de desnacionalización cultural, laboral y territorial con la existencia de esa labor son nueve libros publicados. Los miles de folios que copié a mano los doné al Archivo General de la Nación de la República. La conquista española de América tiene sus luces y sus sombras, pero lo que la distingue de todas las de las demás naciones europeas, hecho que honra a España, es que no pocos de sus hijos de entonces, civiles y religiosos, como fray Antonio Montezino, Bartolomé de Las Casas, Juan de Silva, Salmerón y Gaspar de Recarte, condenaron los maltratos a los indígenas y denunciaron la ilegitimidad de la conquista.

—¿Cree que la numerosa presencia haitiana puede dar lugar a un proceso de desnacionalización cultural, laboral y territorial con la existencia





Carlos Deive en una reciente visita a Sarria, con su mujer Guillermina (jersey blanco) y el matrimonio formado por su prima Teresa Fernández Deibe (el escritor cambió la “b” original del apellido por la “v”) y el marido de ésta, Jorge Armada (el primero de la izquierda).

tencia de unos 400 bateyes (zona de viviendas) poblados por haitianos? ¿Considera que el habla en creole puede acabar comprometiendo al español? ¿Cómo contempla desde su perspectiva las fuertes discusiones que también se plantean en España en relación con la enseñanza del catalán, el vasco y el gallego?

—La emigración haitiana, legal e ilegal, aunque es muy grande, no representa ningún peligro para la cultura dominicana, como tampoco lo representó durante los 20 años en que la colonia española de la isla fue incorporada política y geográficamente a Haití. Una de las razones por las que, en 1844, los habitantes de la parte oriental se independizaron de sus dominadores fue el deseo de preservar su cultura a pesar de que el gobierno del vecino país impuso el francés como idioma oficial. Los cientos de miles de haitianos que trabajan en los ingenios azucareros, haciendas agrícolas, la industria de la construcción y en otras actividades lo hacen porque los dominicanos no quieren emplearse en esas labores debido a los bajos salarios que se pagan. Todos esos haitianos hablan el *creole* entre ellos, pero se interesan en aprender el español para poder entenderse con sus empleadores e identificarse con los dominicanos. Sólo en la región fronteriza existen algunas influencias del *creole* en el español y viceversa, lo que ha dado lugar a un dialecto muy localizado que no ha trascendido más allá de esa zona.

En lo atinente a la enseñanza del catalán, vasco y gallego, creo que debe primar la del español y dejar que cada padre o escolar elija si desea aprender una de esas tres lenguas autonómicas. El empleo de ellas permite reforzar la identidad de los catalanes, vascos y gallegos, lo que es bueno, pero conviene evitar que esos pueblos olviden que, por encima de todo, son españoles.

—¿Por qué se dice que los dominicanos ven con malos ojos a los haitianos? ¿El reciente desastre que ha sufrido el país vecino, Haití, puede tener repercusiones sobre la República Dominicana?

—El problema dominico-haitiano, todavía vigente en la realidad de los dos países, tiene sus orígenes más cercanos en 1844, año en que el Presidente de Haití, Jean-Pierre Boyer, invadió la colonia española para dar cumplimiento a un artículo de la Constitución de su país, ya desaparecido, que establecía la unidad e indivisibilidad de la isla. Cuando se fundó la República Dominicana el 27 de febrero de ese año, los sucesores de Boyer intentaron sin éxito apoderarse de nuevo de ella en varias ocasiones y aunque contaban con un ejército muy superior al dominicano fueron siempre derrotados en todas las batallas. Un dato curioso, que tal vez ignoren los lectores de *Galegos*, es que la República Dominicana fue el único país que no se independizó de España, sino de otro latinoamericano. En 1863, el Presidente Pedro Santana, temeroso de una nueva irrupción haitiana, logró que el Gobierno español de ese entonces anexara la República a su antigua madre patria. La inmensa mayoría del pueblo dominicano no aceptó la incorporación y se levantó en armas contra las tropas peninsulares. Después de tres años de lucha, Isabel II derogó el decreto de anexión y la República recuperó su soberanía. Hay otra causa más remota que explica el antihaitianismo de los dominicanos: el prejuicio racial heredado de la época colonial, en la que el esclavo negro era fuertemente discriminado. Aun cuando el 70 por ciento de la población dominicana es negra o mulata, toda se considera blanca. En los viejos documentos de identidad, había que señalar el color de la piel y quienes no eran auténticamente caucásicos escribían: “indio”. El refranero dominicano está repleto de frases que revelan ese prejuicio, pero también es necesario decir que los haitianos tampoco sienten mucha simpatía por los dominicanos. Ahora bien, con motivo del terremoto que devastó Puerto Príncipe y otras ciudades haitianas, el Gobierno dominicano, las instituciones cívicas, el pueblo entero, ricos y pobres, se solidarizaron con la desgracia que aflige a sus vecinos enviando cientos de toneladas de alimentos, agua, tiendas de campaña y millones de pesos en efectivo. Los hospitales acogieron y curaron, y aún lo hacen, a miles de heridos. Brigadas de obreros ayudaron a restablecer el tendido eléctrico y la telefonía. Los artistas populares organizaron “telemaratonés” en la televisión de doce horas de duración. La respuesta de los dominicanos fue tan formidable que hoy se habla de una nueva etapa en las relaciones con Haití. Ojalá sea cierto.

—Sabemos que se siente plenamente integrado en el país que le ha acogido con un gran cariño, prueba de ello es que en el año 1965 se nacionalizó. ¿Ha pensado o piensa en regresar algún día a la tierra, al país que le vio nacer?

—Después de 57 años de estrecha convivencia con los dominicanos, entre los que tengo numerosos amigos, es difícil acomodarse a vivir en otro sitio aunque sea el lar nativo. No es igual ir a él de vacaciones uno o dos meses que tener que reorganizar tu vida cuando ya se ha entrado en la tercera edad. Sin embargo, reconozco que el terruño me tira y no descarto la posibilidad de volver a Sarria, a cuya biblioteca municipal he donado la mía, de ocho mil volúmenes. En fin, ya veré más adelante.

G